

1952-
Según Arturo Fontaine Talavera

Una radiografía del Chile actual

Por Philippe Dardel H.
Fotografía de Gustavo Alvarado C.

Tó quemas tu vida para que se rechina, quemas lo que has visto de para salvarla", asegura Arturo Fontaine Talavera.

Santiago, 1952 con los ojos puestos en esas entrañables cenizas que conforman "Cuando éramos inmortales", su más reciente novela, donde retrata el proceso de formación de un joven en un mundo que no termina de cerrar a pedruzcos.

El rostro más característico del Centro de Estudios Públicos, también poeta, ensayista y novelista, encara en ese abundante libro el gran tema del Chile actual, que tantos dividendos ha dado a Tomás Moulian, Alfredo Jocelyn-Holt y Marco Antonio de la Parra, por nombrar a los más modestamente expuestos tratadistas de la identidad nacional.

"Cuando éramos inmortales" está siguiendo el camino trazado por "Ole su voz", la anterior novela de Fontaine, que logró un notable éxito de crítica y ventas. Por lo mismo, el escritor está tremendamente satisfecho, y se entusiasma al hablar de los personajes que viven el drama de un país tradicional que ya nunca será más. En ello, el protagonista —en cierto grado alter ego de Fontaine—, que se desbarranca hacia las seguridades: su madre Olga, que no trepida en quemar las naves y lanzarse en la cresta de la ola, y la abuela Helena, que persiste hasta el final en su anacrónico rol de patrona de fondo, son los que más cariño le suscitan. Los dos mujeres resultan paradigmáticas, al mostrar la fuerza reactiva para enfrentar una realidad tremendamente cambiante. Los hombres, por el contrario, resultan más golpeados o lisa y llanamente derrotados.

"Si yo creo que quedan mejor las mujeres que los hombres", sostiene Fontaine, afirmando que en buena parte la novela habla de la conquista de la masculinidad.

El miedo al rechazo, la libertad desperdiciada y la omnipresencia de un dinero sin cultura ni refinamiento son rasgos nacionales eminentes de los 90, sostiene este autor, abogado y "hombre ancla" del Centro de Estudios Públicos.

—Fui siempre insistente en que escribiese de lo que conoce: sin demasiada liviandad se puede colorear que "Cuando éramos inmortales" refleja tus problemas. Además hay cierta coincidencia cronológica entre el protagonista y tú...

—Sí, hay muchas cosas mías, o que he visto o he vivido o he pensado, claro que transformadas. La literatura exige que se transfigure la experiencia, y el proceso es doloroso, porque muchas veces estás tratando de recoger algo que viviste y que para ti tiene valor tal cual, pero en el proceso de escribir lo debes forzar, quemar... para que se redima.

—¿Sientes nostalgia por ese mundo seguro del viejo fondo, tan diferente a este presente de certezas quebradas?

—Mira, hay una cierta nostalgia, aunque la novela deja claro que ese mundo seguro no es idílico, sino que supone precios altos. La abuela, por ejemplo, tiene un amor que no pudo vivir. Por otro lado, están los inquilinos, con toda la miseria. Era un mundo próspero, donde tú naces en una posición y vas a morir en ella: un mundo de estamentos, que está perdido definitivamente. Y siempre los grandes perdidos tienen aspectos que producen cierta nostalgia.

PRECIOS ALTOS

—Dices que era un mundo que suponía precios altos. El pagar tales precios requería una fuerza o un carácter que hoy no se ve por ningún lado. Y tal pérdida, evidentemente no ha sido buena.

—Sí, tienes razón. La gente tenía una sensación muy clara de los límites entre los cuales tenía que correr el río. Y nosotros tenemos la sensación de que los límites los podemos modificar, de que el dueño del río es a gusto personal, y eso genera angustia, porque igual hay que encontrar el río, pero además definir la dirección.

—Nuestra situación, terminada la sociedad de estamentos, puede definirse como un estar con una fuerte dosis de desarraigo, ¿es?

—Sin duda. Hemos ganado libertad, capacidad de aventura, capacidad de definir la propia vida, oportunidades, posibilidades, pero hemos pagado un precio, y ese precio es la angustia, la incertidumbre, la necesidad permanente de revisarlo todo.

—¿Cómo te mueves tú en ese ámbito?

—Crecer es asumir el riesgo de la incertidumbre. Crecer es poder entender la vida como una aventura con riesgos. Y eso tiene su belleza, pero resulta duro.

—A nivel de país, ¿son pimientos que pasamos de un pueblo en busca de clases a una sociedad sin clase?

—Es cierto. Además, el rol, la situación de una minoría, de pertenecer a que es tal vez lo más importante... todo eso se ha desdibujado. Desde el momento en que se empiezan a hacer muchas preguntas sobre cómo se pertenece a una clase, es señal de que el sistema está quebrado.

—Es el caso del gaditano en tu novela. Como típico ejemplo de las señaladas, no puede concebir las clases más que como categorías y le resulta imposible entender lo que es la "videncia".

—Claro, él no puede percibirlo. Para él es una cuestión económica, de los que son propietarios y los que no.

—Y esa es la tesis que has ganado. Lo importante no es cómo hablas, lo que sabes, los modos, lo que lees, sino simplemente si tienes la capacidad del río y vas de vacaciones al lugar de moda. ¿No crees que hay una desnudez generalizada?

—Sí, yo creo que hay una vulgaridad con plata encima. Y está por verse si la plata cambia o si se capta de unirse al refinamiento y a la cultura, como ha ocurrido en Venecia.

Va a la pelea cafecito "El que no ríe... no mama" [artículo].

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Va a la pelea cafecito "El que no ríe... no mama" [artículo].

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile